

## La Voz de Juan

Desde que lo conocí, en la Ibero, me sentí atraída a Juan por lo interesante que era conversar con él. Una buena conversación ha sido siempre para mí uno de los máximos placeres de esta vida. Lo era entonces y lo sigue siendo. Y si me pongo a pensar, no es tanta la gente en quien puedo encontrar a ese interlocutor ideal, para pasarme horas conversando bella y cómodamente, sin tapujos ni frenos.

Esas conversaciones con Juan se fueron extendiendo, profundizando, diversificando e intensificando. No había tópico que no tocáramos: ciencia ficción, literatura, cine, antropología, poesía, música, el arte de vivir, geografía... Gastronomía. Arquitectura, viajes, naturaleza, pintura. Amistad. Lealtad. La voz de Juan fue entrando más y más en mí. Era una voz agradable y suave. Y sabia. Y penetrante.

Siempre hizo alarde de una memoria prodigiosa. Recuerdo especialmente cuando me recitaba de un jalón los nombres de los Reyes visigodos..." Alarico, Ataulfo, Sigerico, Atalarico,..." Me fascinaba cuando me decía esta lista. Eran por lo menos veinte o treinta nombres preciosos.

¡Cuántas cosas aprendí de él y con él! Me abrió al mundo de García Lorca, de Neruda, de Octavio Paz. Me hizo apreciar el cante hondo y el baile flamenco, me enseñó a escuchar a Paco Ibáñez y a Serrat, me acercó a Machado, a Miguel Hernández y a Buñuel. Me abrió los ojos a Goya, a Ribera y al Greco. Pero no sólo eso, sino que, siendo español de origen, me hizo ver cosas de mi propio México que yo no había sabido apreciar antes, como por ejemplo la monumentalidad del Centro Histórico de la ciudad, la belleza de los boleros o el encanto del Café Tacuba y la Hostería de Santo Domingo. Y hasta me llevaba a escuchar en vivo a Cuco Sánchez, en el Bar Zafiro.

Durante largos meses, nuestra relación fue sólo la de dos buenos amigos, compañeros de carrera y estudiantes cada vez más apasionados de la cultura -de las culturas-, la historia, los mitos, las raíces lingüísticas, las prácticas religiosas y la vida social en general. En aquéllos tiempos gloriosos en que fuimos discípulos de Don Ángel Palerm, de Arturo Warman, de Roberto "el Flaco" Varela, de Pepe Lameiras, Bixi Boehm y Scott Robinson -el único de todos ellos que aún vive y tenemos entre nosotros-, fuimos introyectando la manera de pensar antropológica, intentando distanciamos de nuestro propio marco de referencia para poder comprender desde dentro los fenómenos sociales de diversos ámbitos. Tuvimos nuestras primeras experiencias de campo, en pueblos campesinos alejados de las grandes ciudades, en donde aprendimos otra manera de ver las cosas, otra manera de entender la realidad.

Con el tiempo, nuestras conversaciones fueron tomando un tinte más personal. Nos fuimos contando mutuamente nuestras respectivas historias, nuestras inquietudes y búsquedas profundas. Y esta tónica siguió, hasta que llegó un día en que la inicial amistad que nos había unido se convirtió en amor. ¡Fue tan bonito! No había sido un amor a primera vista, guiado por impresiones visuales o viscerales inmediatas, sino un amor sui generis que se fue construyendo a partir de nuestras respectivas convicciones existenciales y el descubrimiento paulatino de metas comunes. Su voz me acompañaba. Era mi interlocutor por excelencia.

Durante los años de noviazgo, tenía la costumbre de llamarme a diario por teléfono,

además de pasar horas juntos en las aulas, en las bibliotecas o donde fuera. Y esa voz suya por teléfono me llegaba de una manera especial. Era como si me hablara al oído, exclusivamente a mí. Me encantaba hablar con él en cualquier circunstancia, pero por teléfono yo lo sentía cerca, muy cerca.

¡Lo curioso fue que su voz no cambió nunca, ni con el paso de los años ni con el paso de las décadas!

Nos casamos en diciembre de 1974, al día siguiente de habernos recibido como antropólogos sociales en la UIA. Siguieron 30 años de matrimonio, con sus vivencias diversas de esposos, colegas, padres, compañeros de viajes y aventuras. Nos vinimos a vivir a Tepoztlán, pueblo al que él amó desde el primer momento y para siempre. Comenzó a incursionar en la tierra mazateca de la Sierra de Oaxaca, que se convertiría a la postre en uno de sus destinos de interés más grandes para el resto de su vida, pues fue allí donde tomó contacto por primera vez en el tema del shamanismo.

Tras muchos años felices, hubimos de separarnos por diversas causas. Nuestra conversación se había vuelto más compleja. Más difícil. Si bien era más frecuente, por fuerza de convivir en la misma unidad doméstica, se había perdido la límpida fluidez de los primeros tiempos. (¿Por qué les sucederá esto a tantos matrimonios?)

Pero aún viviendo separados, seguimos cultivando siempre nuestra amistad. Su voz, que me había acompañado durante 30 años en la misma casa conyugal, siguió hablándome ahora desde un diferente domicilio. Solía repetir a propósito de esta circunstancia el conocido dicho de "Cada quien en su casa y Dios en la de todos". Y volvieron aquéllas conversaciones telefónicas que yo añoraba, las que eran como de otro "pentagrama", otro tempo.

Tuve la fortuna de recuperar esa línea de comunicación especial, que era sólo para mí, y provenía del hilo telefónico. Se restableció nuestro diálogo cordial, sereno, familiar.

En los últimos tiempos me llamaba casi a diario, como antaño. Hablábamos de todo y de nada, de cualquier cosa, del clima, de los hijos, del trabajo o la economía mundial, de football, de las muertes lamentables de personajes que habían sido nuestros contemporáneos. Su tono era serio algunas veces, preocupado escasas veces, ameno siempre y, eso sí, entintado de su proverbial y agudo sentido del humor. Sin excepción, dispuesto a escuchar, a ayudarme, a alivianarme cuando le era posible. Un verdadero tesoro.

Salpicaba su discurso constantemente con refranes, tanto castizos como genuinamente mexicanos: "Nunca digas 'de esta agua no beberé' ni 'este cura no es mi padre' ", o "¡Dios, qué buen vasallo! ¡Si tuviese buen señor!", o "Mucho ayuda el que no estorba"... Por supuesto que también citaba con frecuencia el de "¡Con la Iglesia hemos topado, Sancho!", el de "Año de nieves, año de bienes", o el que dice "Lo bueno, si breve, dos veces bueno". Y estaba también este otro, que no solamente citaba, sino que ponía en práctica continuamente: "Siente un pobre a su mesa".

Su voz, que nunca cambió, me habló mucho, muchísimo. Yo estaba feliz por esta hermosa y agradable plática que me llegaba a menudo a través del tan familiar y querido hilo telefónico. Me acostumbré tanto a esa amada voz, que me acompañó por más de 45 años, que creí que me iba a durar para siempre...

Nos sorprendió su partida súbita de este mundo el pasado Día de Muertos, fecha que él celebraba por todo lo alto año con año. Y nos reunimos en su casa a despedirlo a lo grande, como a él le hubiera gustado: asistieron más de trescientas gentes, con mole, con la banda del pueblo, con velas, copal y miles de cempaxúchiles.

Pero él queda conmigo, y su voz me acompaña. "No comas tanta sal"... "deberías fumar menos"... "no seas quejica"... "recuerda, mujer, que tú eres esencialmente alegre y amas la vida por encima de todo; no estés triste"... "lo más importante eres tú misma; no permitas que nadie te saque de tu centro"... "Tepoztlán es el ombligo del mundo"... "Te quiero mucho"...

Espero que la voz de Juan nunca me deje.

La recordaré en los momentos cruciales, y también en los banales. Y es que esa voz forma parte de mí para siempre.

" ¡Joder!"

Liz Hentschel,  
Tepoztlán,  
Noviembre de 2016.